

El diario del Pacífico de Adam Ewing

Jueves, 7 de noviembre

Más allá de la aldea india, en una playa desierta, me he topado con una serie de pisadas recientes. A través de algas podridas, cocos marinos y bambú, las huellas me han llevado hasta su artífice, un blanco con los pantalones recogidos y el chaquetón de marinero arremangado, la barba arreglada y un enorme gorro de castor, tan enfrascado en cavar y tamizar la finísima arena con una cucharilla que sólo ha reparado en mi presencia cuando lo he saludado a unos diez metros de distancia. Es así como he conocido al doctor Henry Goose, cirujano de la aristocracia londinense. Su nacionalidad no me ha sorprendido. No digo que no pueda existir un confín tan remoto o una isla tan lejana como para pasar allí una temporada sin tropezarse con un inglés, pero yo desde luego no los he visto en ningún mapa.

¿Acaso había perdido algo el doctor en aquella orilla desolada? ¿Podía servirle de ayuda? Tras decir que no con la cabeza, desató el nudo de su pañuelo y me mostró el contenido con evidente orgullo.

—Los dientes, señor mío, son el esmaltado grial de la búsqueda que me traigo entre manos. Tiempo atrás, esta playa idílica era un salón de banquetes caníbales donde los fuertes se zampaban a los débiles. Los dientes los escupían, como hacemos nosotros con los huesos de las cerezas. Pero estas viles muelas, señor mío, se transmutarán en oro. ¿Y cómo?, se preguntará. Pues verá, un artesano de Piccadilly, especializado en dentaduras postizas para aristócratas, paga una generosa suma por los dientes humanos. ¿Sabe a cuánto está el cuarto de libra, señor?

Confesé mi ignorancia.

–¡Pues no seré yo quien lo ilumine, señor mío: se trata de un secreto profesional! –Se dio unos golpecitos en la nariz–. Señor Ewing, ¿conoce a la marquesa Grace de Mayfair? ¿No? Pues eso que se ahorra, porque es un cadáver con enaguas. Hace cinco años que esa bruja ensució mi buen nombre, sí señor, con unas acusaciones que me condenaron al ostracismo social. –El doctor Goose miró hacia el mar–. Ese aciago día dieron comienzo mis peregrinaciones.

Manifesté mi compasión por las vicisitudes del doctor.

–Se lo agradezco, señor, se lo agradezco de veras, pero estas cuentas de marfil –dijo, agitando el pañuelo– son los ángeles redentores. Permítame que me explique. La marquesa lleva dentaduras fabricadas por el susodicho médico. Las próximas navidades, cuando esa burra emperifollada tome la palabra en su baile de los embajadores, yo, Henry Goose, me pondré en pie y declararé ante todos los presentes que nuestra anfitriona ¡mastica con piños de caníbal! Sir Hurbert, es de esperar, me desafiará. «¡Demuéstrelo con pruebas o le exijo un desagravio!», rugirá ese mastuerzo–. Y yo replicaré: «¿Pruebas, sir Hubert? ¡Yo mismo recogí los dientes de su madre de una escupidera de los mares del Sur! ¡Mire, aquí tengo más ejemplares!», y arrojaré estos mismos dientes a la sopera de sopa de tortuga, y ése, señor mío, ¡ése será mi desagravio! Los plumillas de lengua viperina despellejarán a la glacial marquesa en los ecos de sociedad, ¡y si la temporada que viene la invitan al baile del asilo, ya puede darse con un canto en los dientes!

Le he deseado un buen día y me he despedido apresuradamente. Me temo que Henry Goose está loco de atar.

Cartas desde Zedelghem

*Château Zedelghem, Neerbeke,
Flandes Occidental, 29-VI-1931*

Sixsmith:

Soñé que estaba en una tienda repleta, desde el suelo hasta el altísimo techo, de estantes tan atiborrados de antigüedades de porcelana que era imposible mover un solo músculo sin tirar unas cuantas al suelo, rompiéndolas en mil pedazos. Que es justamente lo que sucedía, sólo que, en lugar de un estropicio, lo que se oía era un acorde espléndido, mitad violonchelo, mitad celesta (¿en re mayor?), durante cuatro compases. Con la muñeca derribaba un jarrón Ming de su pedestal: un *mi*, para instrumentos de cuerda, fabuloso, trascendental, los ángeles lloraban. Luego ya lo hacía adrede: he roto una figurita de un buey para sacar la nota siguiente, después una pastorcilla: una orgía de metralla llenaba el aire; en mi cabeza, armonías divinas. ¡Qué música! Veía a mi padre calculando el valor de los objetos rotos, la punta de la pluma destellaba, pero yo no podía dejar que la música se interrumpiese. Sabía que si lograba apoderarme de aquellos sonidos, me convertiría en el mayor compositor del siglo. Un monstruoso *Caballero sonriente* estrellado contra la pared ha hecho sonar con estrépito todos los instrumentos de percusión.

Me desperté en la suite del Imperial Western con los aporreos de los cobradores de Tam Brewer, que casi tiran la puerta abajo, y un escándalo enorme en el pasillo. No esperaron siquiera a que me afeitase: la vulgaridad de estos rufianes quita el hipo. No tuve más remedio que salir zumbando por la ventana del cuarto de baño antes de que el al-

boroto le revelase al director del hotel que el jovencito de la habitación 237 no estaba en condiciones de saldar su ya abultada cuenta. Lamento comunicarte que la huida no fue coser y cantar. El canalón se desenganchó chirriando como un violín torturado y tu viejo amigo inició un rápido descenso. Tengo un moratón espantoso en la nalga derecha. No me rompí la columna ni me quedé ensartado en la verja de milagro. Toma nota, Sixsmith: cuando seas insolvente, reduce el equipaje al mínimo y usa una maleta lo bastante dura para poder lanzarla a una acera londinense desde la ventana de un primer o segundo piso. Nunca aceptes habitaciones en pisos más altos.

Me escondí en un salón de té que hay en un rinconcito mugriento de Victoria Station, tratando de transcribir la música de la tienda de porcelanas del sueño: no logré sacar más de dos míseros compases. Me habría arrojado a los brazos de Tam Brewer con tal de recuperar esa música. Estaba con la moral por los suelos. Rodeado de obreros de dientes podridos, voces de papagayo y optimismo infundado. Se te quita la tontería sólo con pensar en cómo una maldita noche de barrá puede modificar irreversiblemente el estatus social de una persona. Estos dependientes, taxistas y tenderos tienen más monedas de media corona y de tres peniques escondidos en sus roñosos colchones de Stepney que yo, que soy hijo de un ilustre eclesiástico. Eché un vistazo a un callejón: chupatintas tiranizados que desfilaban a toda velocidad como fusas en un *allegro* de Beethoven. ¿Miedo de ellos? No, miedo de ser «como» ellos. ¿De qué sirven el abolengo, la educación y el talento cuando no tienes ni un orinal donde mear?

Así y todo, no me lo puedo creer. Yo, un alumno del Caius College, al borde de la indigencia. Los hoteles decentes ya no me permiten manchar sus vestíbulos con mi presencia y los indecentes me exigen pagar por adelantado y a tocateja. No puedo sentarme en ninguna mesa de juego de aquí a los Pirineos. En fin, éstas eran mis opciones:

Vidas a medias

El primer misterio

de Luisa Rey

1

Rufus Sixsmith se asoma a la terraza y calcula la velocidad que llevará su cuerpo cuando se estrelle contra la acera poniendo fin a sus dilemas. Suena el teléfono en el cuarto a oscuras. Sixsmith no se atreve a cogerlo. La música disco retumba en el apartamento de al lado, donde hay una fiesta en pleno apogeo, y Sixsmith se siente más viejo de los sesenta y seis años que tiene. La nube de contaminación oscurece las estrellas, pero en dirección norte y sur, a lo largo de la costa, titilan los millones de lucecitas de Buenas Yerbas. Al oeste, la eternidad del Pacífico. Al este, nuestro desnudo, heroico, pernicioso, consagrado, sediento y enloquecido continente americano.

Una mujer joven sale de la fiesta del vecino y se asoma a la terraza contigua. Lleva el pelo corto y un elegante vestido violeta, pero tiene un aire terriblemente triste y solitario. «Proponle un suicidio conjunto, ¿por qué no?» Sixsmith no lo piensa en serio. No tiene intención de tirarse, no mientras le quede una chispa de humor. «Además, un discreto accidente es justo lo que desean Grimaldi, Napier y esos matones de guante blanco.» La sirena de una ambulancia hiende el rumor incesante del tráfico. Sixsmith se arrastra adentro del apartamento y el timbre del teléfono cesa de repente. Se sirve otro vermú bien cargado del minibar de su anfitrión, ahora ausente, mete las manos en la cubitera y se res-triega la cara. «Sal de aquí y vete a llamar a Megan, es la única amiga que te queda.» Sabe perfectamente que no va a hacerlo. «No puedes meterla en este embrollo letal.» Los graves de la música le repercuten en las sienes, pero es un apartamento prestado y no le parece oportuno

protestar. «Buenas Yerbas no es Cambridge. Además, te estás escondiendo.» El viento cierra de golpe la puerta de la terraza y Sixsmith tira medio vermú del susto. «No, viejo idiota, no ha sido un balazo.»

Seca el charco con un paño de cocina, enciende la tele con el volumen al mínimo y recorre los canales en busca de *MASH*. «En alguno tienen que ponerlo. Tú sigue buscando.»



Luisa Rey oye un golpe en la terraza del vecino.

–¿Oiga?

«Nadie.» El estómago le aconseja que deje el vaso de tónica. «Te hacía falta un cuarto de baño, no una bocanada de aire fresco», pero no se ve capaz de volver a atravesar toda la fiesta y, «además, ya es tarde»: vomita fachada abajo, una vez, dos veces, una visión fugaz de un pollo grasiento, y una tercera vez. «Esto –se restriega los ojos– es la tercera cosa más asquerosa que has hecho jamás.» Se limpia la boca, escupe restos de vómito en un tiesto que hay detrás de una mampara. «Te estás arruinando la vida.» Se seca los labios con un pañuelo de papel y busca un caramelo de menta en el bolso. «Vete a casa e invéntate de una santa vez las trescientas palabras de mierda. Además, la gente sólo mira las fotos.»

Un hombre demasiado viejo para andar por ahí con pantalones de cuero, el torso al aire y un chaleco de cebra, sale a la terraza.

–¡Luiisaaa! –Barba rubia arreglada y, colgando del cuello, una cruz egipcia de jade y labradorita–. ¡Hey!

Luisa se pregunta si su aliento lo tirará de espaldas, pero el tipo está demasiado colocado para percibirlo.

–Richard –dice ella.

–Mirando las estrellas, ¿eh? Mola. Bix se ha traído un cuarto de kilo de perico, tía. Está como una moto. Eh, ¿te lo he dicho en la entrevista? Estoy probando el nombre Ganga. Maharaj Aja dice que Richard no sintoniza con mi yo ayurvédico.

–¿Quién?

–¡Mi gurú, Luisa, mi gurú! Está en su última reencarnación antes del... –Richard chasquea los dedos para simbolizar el Nirvana–. Vente a una sesión. Tiene una lista de espera eterna y tal, pero a los discípulos de la cruz de jade nos recibe en privado el mismo día. O sea que, ¿para qué ir a la universidad y tragarse toda esa mierda cuando Maharaj Aja puede enseñártelo todo sobre... «todo»? –Richard encuadra la luna con los dedos–. Las palabras son tan... rígidas... El espacio... es tan... ya sabes, tan «total». ¿Te apetece un porro? Pura maría mexicana. Me lo ha pasado Bix. –Se le arrima de ese modo que las mujeres reconocen al instante–. Eh, Lu, vamos a colocarnos juntos después de la fiesta. Tú y yo juntos, en mi casa, ¿te hace? Te daría una entrevista de lo más exclusiva. Lo mismo hasta te escribo una canción y la meto en el próximo disco.

–No, gracias.

El roquero de segunda frunce el ceño.

–¿Te ha bajado la regla, eh? ¿Qué tal la semana que viene? Pensaba que todas las periodistas tomabais la píldora.

–¿También te vende Bix las frascitas para ligar?

Suelta una risita.

–Hey, ¿es que Bix te ha contado algo?

–Mira, Richard, para que no haya lugar a dudas: prefiero tirarme de esta terraza que acostarme contigo, hoy y cualquier día del mes. En serio.

–¡Hala! –El tipo aparta las manos como si le hubiese picado una avispa–. ¡Será borde, la tía! ¿Quién coño te crees que eres, Joni Mitchell? ¡Pero si no eres más que una reporterilla de cotilleos en una revista que no lee ni Dios!

El cruce de Sloosha y toda la pesca

Me he cruzado con el Viejo Georgie más veces de las que me apetece recordar, y cuando me muera, vete a saber lo que me hará ese demoño de dientes de serpiente... Venga, dame un cacho cordero y te cuento cómo lo conocí. Pero bien jugucioso, no una suela finústica y achicharrada...

Mi hermano Adam, Padre y yo volvíamos del mercado de Honokaa por los barrizales, con un eje de la carreta desconchinflado y los tres de mugre hasta las orejas. Nos cayó la noche encima y acampamos al sur del cruce de Sloosha, porque el río Waipio estaba rabioso después de tantos días diluviando, todo crecido por culpa de la primavera. Sloosha era un terreno pantanoso pero pacífico, ni un alma en todo el valle del Waipio salvo un millón de pájaros, por eso no escamufamos la tienda ni la carreta ni nada de nada. Padre me mandó a por leña mientras él y Adam acampaban.

Resulta que ese día estaba que me iba por las patas abajo porque me había comido un muslo de perro cojo en Honokaa, y estaba en cucullas entre los ojaranzos, al borde de un barranco, cuando de repente, ¡zasca!, unos ojos que me miran, lo sentí.

—¿Quién anda ahí? —grité, y las zarzamatatas se tragaron mi voz.

«Oh-oh, estás hundido en la mierda, chavalín», murmuraron los helechos.

—¿Quién eres? —grité, pero no muy alto—. ¡Tengo un chirlo, te lo advierto!

Justo encima de mi cabeza oí un susurro, «¿Quién eres tú, chavalín, Zachry el Chaopalante o Zachry el Cagueta!». Miré hacia arriba y allí estaba el Viejo Georgie, sentado en una rama podrida, con una mueca zorrastrona en sus ojos hambrientos.

—¡No me das miedo! —le dije, aunque la pura dura es que me salió una voz como un pedo de pato en un huracán.

Ya estaba todo culicanguis cuando el Viejo Georgie saltó de la rama, ¿y qué pasó entonces? Pues que se esfumó en un santiplás, sí señor, detrás de mí. Allí no había nada de nada..., nomás un pavograso que buscaba larvas y pedía a gritos que lo desplumasen y ensartasen. Bueno, pensé que Zachry el Chaopalante había espantado al Viejo Georgie, sí señor, y que el muy demoño se había ido a por víztimas más caguetas que yo. Quería contarles a Padre y a Adam mi misteriosa aventura, pero los cuentos dan más gusto con cuchizampa, así que me arremangué los pantalones, me acerqué chiticallando a aquel pajarraco del demonio... y salté.

El señor Pavograso me se escurrió de entre los dedos y se escapó lechicagando, pero yo no di mi brazo a partir, no señor, sino que lo perseguí monte arriba entre zarzamatatas, bujeros, ramas secas y toa la pesca, los espinos me arañaban la cara, pero es lo que tiene la caza. No me fijé en que cada vez había menos árboles, ni en la cascada de Hii-lawe, que rugía allí cerca. No me fijé en nada de nada hasta que me caí de morros en mitad de la charca y espanté a un rebaño de caballos. No señor, no eran caballos salvajes, eran caballos con aparejos de cuero y tachones, y en isla Grande eso significa, sí señor, eso mismo: los konas.

Diez o doce salvajes pintarrajeados estaban ya en pie, empuñando látigos y espadas ¡y gritándome gritos de guerra! Ahora fui yo el que salió lechicagando barranco abajo por donde había subido, sí señor, como el cazador cazado. El kona que estaba más cerca echó a correr detrás de mí, los otros saltaron a los caballos, encantados con el jolgorio. El pánico te pone alas en los pies, pero también te empoza la mente, así que eché a correr hacia Padre. Qué quieres, nomás tenía nueve años; seguí mi instinto sin pensar en las consecuencias.